

RARA SUPERSTICION, CUYOS ORIGENES SE DESCONOCEN, SE DESENVUELVE EN TORNO A LA DESTRUCCION DE UNA FRONDOSA CEIBA

Maleficio eterno para los que la destruyan.—Problemas públicos con las ceibas.—La que está en El Templete.—Magullan el tronco para obtener amuletos de la buena suerte.—Ceremonia que debía suprimirse.—Ocho ceibas se sembraron en El Templete y sólo arraigó una, la que está actualmente.—La leyenda campesina.—Maldición de la Virgen a las palmas, y bendición a las ceibas.

Por CARLOS DIAZ VERNON, de la Redacción de EL PAIS

Hace algunos años, cuando se desarrolló en La Habana un impetuoso plan de obras públicas, al decidirse por el arquitecto San Martín la ampliación de la Calzada de Diez de Octubre, se consideró imprescindible la destrucción de una ceiba gigantesca que se levantaba junto al paradero de los tranvías de la Vibora, en cuyo tronco centenario colgaba un modesto altar erigido en homenaje a la Virgen de la Caridad, por los propios obreros tranviarios. El sólo anuncio de este propósito creó una intensa alarma en aquel centro

del transporte urbano, pues de allí mismo también salían omnibus para Santiago de las Vegas y Batabanó. Hubo una ostensible resistencia pasiva en los primeros días, y poco después toda aquella zona parecía que estaba en zafarrancho de combate.

La ceiba era intocable. Ella había sido refugio devoto de obreros y transeúntes, y aquel que osara derribarla sería maldecido, y el infortunio y la desgracia lo seguirían por siempre. Pero aquel esbozo de guerra civil, se diluyó en virtud de la comprensión y tolerancia que las partes en disputa pusieron en la solución del conflicto. El altar de la Virgen de la Caridad pasó a una pared cercana, la ceiba cayó bajo el impetuoso demoledor del progreso, y se ignora si los que participaron en esta obra destructiva sufrieron o están sufriendo el maleficio de la leyenda.

Poco después ocurrió un caso similar en el reparto Diezmero, y los vecinos casi estuvieron a punto de amotinarse. Se trataba de una ceiba que obstruía una calle en construcción, y era necesario derribarla de acuerdo con el proyecto. El incidente no tuvo repercusiones dramáticas, y los protestantes optaron—haciendo de tripas, corazón—facilitar el desarrollo de la obra que en definitiva era más beneficiosa que el mantenimiento de una superstición bastante abstracta.

LA CEIBA DE EL TEMPLETE

Alrededor de la popular ceiba de El Templete, —reverenciada tan sólo el 16 de noviembre de cada año, y olvidada el resto del tiempo—también gira una especie de leyenda, que por lo que tiene de agresiva y poco edificante en el índice de nuestras costumbres, debía ser considerada por las autoridades correspondientes. Personas, especialmente mujeres, evidenciando una superstición primaria, magullan el tronco de la centenaria ceiba, al fin de lograr astillas que después conservan como amuletos de la buena suerte. Esto, además de lo que representa como

acto bárbaro e incivil, está antecedido por una ceremonia grotesca e irrespetuosa, que consiste en darle algunas vueltas al mencionado tronco al tiempo que en silencio se ruega por algún favor celestial. Para muchas jovencitas esta singular ceremonia constituye un motivo de bachata y populacheria.

Pero lo interesante para nosotros es el dato que nos ofrece el distinguido historiador y estimado compañero en la prensa, doctor Emilio Roig de Leuchsenring, en cuanto a que en ese mismo lugar, se sembraron en total ocho ceibas, de las que sola arraigó una, en 1823, que es la que actualmente permanece allí. "Entre 1755 y 1757—dice el Historiador de la Ciudad—se sembraron alrededor de la pilastra, tres ceibas, secándose dos al poco tiempo, y siendo destruida la tercera en 1827, para facilitar la construcción de El Templete. Al año siguiente, o sea, en 1828, se sembraron tres nuevas ceibas, de las que sólo arraigó una, que es la que existe en la actualidad. Dos más que se sembraron en 1873, murieron en 1883."

¿Qué raro sortilegio operaba en torno a estas siembras desdichadas? ¿Por qué fueron ocho, símbolo de la muerte en la imaginación cabalística de los jugadores criollos, el número de ceibas sembradas? ¿Por qué el árbol—la vida—y la muerte,—la tierra—abren y cierran siempre la parábola infinita de las supersticiones? Queden para los estratagemas del intringulis estas interrogaciones.

LA LEYENDA CAMPESINA

Pero reproduzcamos aquí, como final del presente reportaje, la famosa leyenda campesina en relación con la palma y la ceiba. En ella se encontrará el motivo que ha dado origen a la superstición que mencionábamos al principio de este trabajo. Vamos a reproducirla textualmente. Dice así:

"Habiendo, pues, nacido Jesús en Belén de Judá, reinando Herodes, he aquí que unos magos vinieron del Oriente a Jerusalén, preguntando: ¿dónde está el nacido rey de los judíos? Porque nosotros vimos en Oriente su estrella, y hemos venido a adorarle.

Oyendo esto el rey Herodes, turbóse y con él toda Jerusalén.

Y llamando en secreto a los magos, averiguó cuidadosamente el tiempo en que la estrella les apareció.

Y encaminándoles a Belén, les dijo: —Id e informaos puntualmente de lo que hay de este niño; y en habiéndole hallado, dadme aviso, para ir yo también a adorarle.

6

21

Y decía esto, pensando enterarse del paradero del Niño, para matarlo.

Más ellos, habiendo recibido en sueños, un aviso del cielo para que no volviesen a Herodes, después de haber adorado al Niño regresaron a su país por otro camino.

Y Herodes, viéndose burlado de los Magos, se irritó sobremanera y mandó matar a todos los niños que había en Belén y en toda su comarca, de dos años abajo, conforme al tiempo de la aparición de la estrella que había averiguado de los Magos.

Y la Virgen, huyendo delante de los soldados con el Niño en sus brazos, pidió refugio a la palma, diciendo:

—¡Abrete, oh Palma, y escóndenos, que ya nos alcanzan los que buscan al Niño para matarlo!

Pero la palma no tuvo piedad de ella, ni quiso esconderla.

Por lo que la Virgen la maldijo, y fue su maldición que en ella se cebaran el rayo y los hierros filosos de los hombres; y así ha sido hasta hoy.

Y habiendo maldecido así a la palma, la Virgen siguió corriendo hasta que encontró a la ceiba, y le dijo:

—Abrete, ¡oh Ceiba y escóndenos, que ya nos alcanzan los que buscan al Niño para matarlo.

Y la ceiba tuvo piedad de ella, y abrió su tronco para que se refugiaran en él y lo cerró luego.

De modo que los soldados de Herodes pasaron sin ver a la Virgen ni al Niño; y así se salvaron de su ira.

Y cuando hubieron pasado, la Virgen salió otra vez del vientre de la ceiba, y la bendijo.

Y fue su bendición que jamás en lo adelante la hiriera el rayo, ni se cebara en ella el hacha, ni el viento la abatiera; y así ha sido hasta hoy.

Pues la maldición de la Virgen cae sobre aquel que derriba al árbol que le dió refugio en la hora de su angustia, y los guajiros lo saben."

Paris, die 10/51



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA